

Mas viendo que al tragar se resistía,
dijo con una tos que se moría:
«No lo puedo pasar, médico loco.»
Y el doctor respondió: «Ni yo tampoco.»

LEONOR.

Dame un trago.

LUISA.

A ti un trago y á mí otro trago,
que con la muerte deste mal logrado,
todos son tragos cuantos he pasado.

(Bebe LUISA y sale CARTÓN.)

CARTÓN.

¿Quién es aquí la viuda?

LUISA.

¡Hombre de golpe!
la que llora.

CARTÓN.

Mujer es de mi gusto.

LUISA.

Toda esta vida es tragos; ¡ay qué susto! (Bebe.)

CARTÓN.

Señora viuda, yo busco consorte,
y si no es ella, de otra no me pago.

LUISA.

Por pasar me faltaba aqueste trago. (Bebe.)

LEONOR.

Y ¿á eso viene?

CARTÓN.

Sí, reina.

LEONOR.

¡Qué mal vino!

LUISA.

¿Mal vino? No es, por Dios, sino divino. (Bebe.)

CARTÓN.

O ha de darme la mano, ó yo á ella coces.

LUISA.

Y lo hará en verdad. Mal le conoces.

LEONOR.

¿Qué dices desto, Luisa?

LUISA.

Dice Luisa,
que fué víspera el llanto de la risa,
y á decir la vergüenza te provoca,
míz con los ojos, *zapé* con la boca.

LEONOR.

¡Qué bien parece un hombre desgarrado!

LUISA.

Pero no de vestido.

LEONOR.

Aquesto es cierto;

hasta tener un vivo, lloré un muerto.
Esta es mi mano.

CARTÓN.

Cierta es mi ventura.

LUISA.

Oye, señor, ¿es lomo ó asadura?
¿Es liviano ó riñón?

CARTÓN.

Seré un esclavo
con la merced que mi Leonor me hace.

LUISA.

Eso le dijo un sastre á cierto título.
Fué á llevarle un vestido, y preguntóle:
«¿Está preñada su mujer, maestro?»
El sastre respondió alegre, risueño:
«Sí, mi señor, preñada está María
con la merced que le hace vueseoría.»

DON PEDRO.

Si todo anda de fiesta, hermosa Juana,
¿qué hemos de hacer los dos?

JUANA.

Retuya es Juana.

DON PEDRO.

Vaya de baile y música.

LUISA.

Eso pido,
que en lo demás, el jarro es mi marido.

CARTÓN.

Vaya de baile, y quien ayude aprisa.

LUISA.

A todo ha de ayudar la hermosa Luisa.

Cantan.

«¡Oh, qué baile se ha juntado
á las bodas de Leonor
de tan sazonado gusto,
que hoy se casa viuda de hoy!

Las amigas y vecinas
van saliendo dos á dos,
para hacer de sus donaires
soberana ostentación.

Una viuda quintañona
de por medio se metió,
y con estas seguidillas
todas tres piden perdón.»

LUISA.

¿Por qué lloran las viudas
á sus difuntos?

Porque temen que vuelvan
del otro mundo.

¿Qué parece una viuda
dentro en la corte?

Capitán reformado,
con sabañones.

¿Cuáles son los viudos
de la comedia?

Son los arrendadores,
si ella no es buena.

49

XL.—Entremés famoso
del Duende.¹

Representóle Salazar.

HABLAN EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:

UN SACRISTÁN.	CATALINA.
FRANCISCA.	MÚSICOS.
JUANA.	

Salen el SACRISTÁN y FRANCISCA, tapada.

SACRISTÁN.

¡Ah, señora tapada! Oiga, ¿á quién digo?
C, d, e, f, g, y si no responde,
con todo el a b c, pienso llamalla.

FRANCISCA.

¿Dice vusted á mí?

SACRISTÁN.

No, sino al alba.
¡Brava graciosidad, gentil despacho!
¿Hay otra aquí? ¿Quereisme hacer borracho?

FRANCISCA.

¿No hay otras y otras dos?

SACRISTÁN.

¡Por Dios bendito!
que, fuera de vusted, no hay un mosquito.

FRANCISCA.

Miradlo bien.

SACRISTÁN.

Ya miro y me rodeo.
Los diablos lleve, amén, la que yo veo.
No me empiece tan presto á volver loco.
Descubra la lindura, la hermosura,
la vara y cuarta de amarilla toca,
jeme de cara y átomo de boca,
y más arriba la nariz, colgada
del garabato del ojuelo y ceja.

FRANCISCA.

¿Qué sabe vuesarced si yo soy vieja?

SACRISTÁN.

No puede ser que hablaras papandujo
y sorbieras las babas como caldo.

FRANCISCA.

Eso se suple con postizos dientes.

SACRISTÁN.

Pícara, con tu cara te desmientes;
que es de cuero más recio y estirado
que un mercader pidiéndole fiado.
Desenvaina los ojos, alza el rostro,
y á este salmanticense gorrionista
pégale de estocadas con la vista.

FRANCISCA.

Soy muy desamorada, le prometo.

¹ En la segunda parte de las *Comedias de Tirso de Molina*.
Madrid, 1635.

Mátame el necio y cánsame el discreto,
muéleme el pobre, el rico me acobarda,
el músico me atruena, y me marea
el poeta, por lindo que lo sea:
finalmente, con todos me confundo.

SACRISTÁN.

Pues váyase á vivir al otro mundo.

Sale JUANA, tapada.

JUANA.

Pues vuelva vuesarced á estotro lado.

SACRISTÁN.

¿De dónde habéis caído?, ¿del tejado?

JUANA.

No venet sede, ando per meos pedes.

SACRISTÁN.

¡Oh, vieja, y lo demás! ¿Latín sabedes?

FRANCISCA.

Díjeos yo que otras dos damas había.

SACRISTÁN.

En la mitad mentides, reina mía,
que no hay más de una, y no sé quién la trujo.

JUANA.

Dómine, vuesarced, que es medio brujo.

FRANCISCA.

¡Qué donaire!

JUANA.

¡Qué talle!

FRANCISCA.

¡Qué bien hecho!

(Dándole.)

SACRISTÁN.

A ese andar no quedo de provecho.

JUANA.

¡Qué peto!

FRANCISCA.

¡Qué brahones! (Todo es dándole.)

JUANA.

¡Y qué faldas!

FRANCISCA.

¡Qué brazos!

JUANA.

¡Qué bigotes! (Tírale dellos.)

Sale CATALINA.

¡Y qué espaldas!

(Dále.)

SACRISTÁN.

¡Hola!, ¿jugamos á los matachines?
¡Por Dios!, que son ya tres los serafines.
Andallo, que á este paso llevo talle
de fundar un convento en esta calle.
Yo os conjuro, visiones femeniles,
esponjas del más íntimo bolsillo,
guiones penitentes de soplillo,
que me digáis á qué os habéis juntado.

FRANCISCA.
A pretender su amor, seor Licenciado.

JUANA.
Yo muero.

CATALINA.
Yo me fino.

FRANCISCA.
Yo me rindo.

SACRISTÁN.
Todo queso merezco, que soy lindo.
Ahora bien, destapadas las veamos. (*Destápanse.*)

FRANCISCA.
Si en queso consiste, ya lo estamos.

SACRISTÁN.
¡Jesús, que se ha soltado la belleza!
¡Que me anego en hermosas!

FRANCISCA.
¿Qué te embazas?

SACRISTÁN.
Ojos míos, servid de calabazas.

JUANA.
Diga cuál es mejor de las que ha visto.

SACRISTÁN.
Cada una es mejor, ¡por Jesucristo!
Todas tres son estrellas, luces, rayos,
merluzas, naterones y lacayos;
y aquesta escojo por la más taimada.

FRANCISCA.
Entremos, pues, que aquesta es mi posada.

SACRISTÁN.
¿Seguridad?

FRANCISCA.
Grandísima.

SACRISTÁN.
Pues guía;
á revender, corrida compañía.
(*Vánse FRANCISCA y el SACRISTÁN.*)

JUANA.
Oyen, señores, todo me lo valgo,
escarmienten en este cuitadillo
de no ser confiados, que mis ojos
arman la trampa y cogen en el lazo:
que esto y más sé yo hacer si me amostazo.
(*Vánse, y sale FRANCISCA, y trae al SACRISTÁN de la mano.*)

SACRISTÁN.
¿Dónde vamos á escuras, dama duende?

FRANCISCA.
Espere en esta sala media hora,
que vuelvo en sosegándose la casa.

SACRISTÁN.
Oyes, oyes, mi bien; no tardes mucho,
que en amores á escuras, no estoy ducho.

FRANCISCA.
¡Ay!, que se me olvidaba: no se espante
si oyere algún ruido en esta casa,
porque hay un duendecillo algo travieso;
no tiene que temer. (*Váse.*)

SACRISTÁN.
¡Andar, morena!
Heme aquí vivo, vuelto en alma en pena.
¿Duende y á escuras y en un aposento?
Con quinientos pellizcos me contento.
¡Ay, ya se acerca el duende! ¿Qué es aquesto?
(*Sale FRANCISCA y dale un billete, y váse.*)
Ciégale, San Antón. ¿Billete á escuras?
No trujera una luz, ¿cómo he de velle?
¿Vusted que me le da para lelle?
(*Sacan por debajo dos velas, una á cada lado.*)
Dos por falta de una. Aquesto es cierto;
tiéndome entre las dos, pues ya estoy muerto.
(*Tiéndese.*)
¿Quién tal degracia por amar ha visto?
Tumba de honras parezco, ¡vive Cristo!
Quiero ver lo que dice el billetorum,
y con razón diré, haciéndome cruces,
que madrugo á leer entre dos luces. (*Lee.*)
Al que pretende regalos,
creyéndose de ligero,
le darán por majadero...
(*Dentro los MÚSICOS:*)
MÚSICOS.
¿Qué le darán?—Muchos palos.
SACRISTÁN.
Ni aun contados son buenos, duendecillo.
¿A mi batán, golpes y porrazo?
¡Por Dios, que antes sufriera un jeringazo!
(*Darle un jeringazo.*)
¡Jesús, Jesús, que llueve hacia arriba!
Duende de Monicongo ó de Mandinga,
¿de dónde se ha soltado esta jeringa?
Salen MÚSICOS y mujeres cantando.
MÚSICOS.
Cese la cólera y rumbo,
capigorrista galán,
que con letrillas y bailes,
quiere el duende meter paz.
SACRISTÁN.
Señores, ¿hay más tramoyas?
La cólera pierdo ya.
Lleguen, señores músicos.
MÚSICOS.
Aguárdese y bailarán.
SACRISTÁN.
¡Ah, traidora!, tú me has muerto,
y ahora me has de pagar
los males que me hizo el duende.
FRANCISCA.
Todo fué burla, bausán;
y aqueste engaño te hicimos;
no vuelvas á enamorar,
sino gastando primero.

SACRISTÁN.
¿Y el jeringazo?

FRANCISCA.
No más.
Déjate ahora de burlas
y ayúdanos á bailar.

SACRISTÁN.
Haz lo que quieras, morena,
que en todo te he de agradar.

MÚSICOS.
«Los lenguados, morena,
andan por la mar;
pero los deslenguados,
en la tierra están.
Habrador maldiciente,
préciate dello,
que de aquesas pensiones
come el infierno.»

50

**XLI.—Entremés famoso
de La Inocente Enredadora.¹**

PERSONAS:

DOÑA CELESTINA.	GARABITO, soldado.
GUTIÉRREZ, dueña.	BERRUGA, alcalde.
CABRAHIGO, estudiante.	BATO, pastor.

Sale DOÑA CELESTINA de dama graciosa, y su DUEÑA de lo mismo, y estará puesto un estrado ridículo, donde se sentarán.

CELESTINA.
¡Ay, Gutiérrez!, que tengo un mal de madre
que está entre paletilla y paletilla,
tan cotidiano, que mortal me acosa.
Ponme un emplasto, daca la ventosa.

DUEÑA.
Aquí traigo unos polvos con que sueldo,
pero descansará si echa un regüeldo.
(*Regüelda CELESTINA.*)

CELESTINA.
Parece que descanso. (*Llaman.*)
Mas, ¿quién llama?

DUEÑA.
El licenciado Cabrahigo
es, sin duda.

CELESTINA.
No le abran el postigo;
mas dígame, Gutiérrez,
aqueste licenciado, ¿á quién festeja?

DUEÑA.
Lo que sabré decir del licenciado,
que está con seis muy bien acomodado;
mas la que priva en casa,
la que cierne y amasa,
es Veturia de todos,
que hace polvos á quien le hace lodos.

CELESTINA.
Eres el a b c de mi cartilla;
manda que le abran, métanle una silla.
(*Váse la DUEÑA y meten la silla. Sale el LICENCIADO de gracioso.*)
¡Oh, señor, aforrado en pergamino!
Letrado azul por sus azules letras,
bien dicen que la ausencia causa olvido.

LICENCIADO.
Tengo las letras como tu apellido;
azules son, como eres Celestina.

CELESTINA.
Dejemos eso; empólleme ese asiento. (*Asiéntense.*)

LICENCIADO.
Ya estoy sentado; vuesaerced me trate
cierta comodidad de mi remate.

CELESTINA.
Una merced le pido que me haga,
fácil á su noticia
desta tierra, que della necesito.
¿Sabe de Garabito,
acaso, algún achaque?

LICENCIADO.
¡Válgame cuatro libras de estoraque,
que huelo mal y tiemblo de ese Marte,
que me quiere abatir como estandarte!

CELESTINA.
No se afemine tanto, que es buen mozo,
fuerte, nervudo, valeroso y sabio,
y sabrá castigar cualquiera agravio.

LICENCIADO.
Tiene voacé razón, que, aunque esto digo,
todos quieren tenerme por amigo.
De ese mozuelo digo, mi señora,
que es muy amigo de la cantimplora,
y no hay bolsillo, bolsa ó faltriquera,
que no la desolline su tijera.

CELESTINA.
Aqueso es lo que quiero.
De vusted dice mal ese pollino
más que dijo Mahoma del tocino.
Que está con seis mozuclas distraído,
me dijo, y que Veturia es su privanza,
que de voacé cualquiera cosa alcanza,
y que se la enamora, y corresponde
ella á su amor, y que á voaced le quita
con que él conserva naipes y garita.

LICENCIADO.
Pues por la bigotera de Fray Gasmio,
por el braguero de mi bisabuela,
que no le he dejar diente ni muela.
Adiós.

CELESTINA.
¿Dónde va?

LICENCIADO.
Voy á matallo. (*Váse.*)

CELESTINA.
Tente, mi contrapeso, mi escandallo.
Barrabás te depare á Garabito;
mas que se maten, no se me da un pito.

¹ En los *Entremeses de diversos autores*. Zaragoza, 1640.

Sale la DUEÑA.

DUEÑA.

El estudiante, barbas de estropajo,
aulagas lleva por la calle abajo.

CELESTINA.

Mas que rabie, Gutiérrez.

(Dicen dentro): ¡Ah de casa!

DUEÑA.

Gente viene.

CELESTINA.

Retírese allá afuera.

(Váse, y sale GARABITO de rufián.)

GARABITO.

Si yo jugare más, rabiando muera.

CELESTINA.

¿Qué trae, que viene tan descolorido?
¿Ha reñido con alguien ó ha perdido?
Dele horma á esa silla de baqueta,
que le quiero contar una receta. (Siéntense.)

GARABITO.

Diga vuesa merced lo que me manda,
que cuidado apercibo.

CELESTINA.

¿Para qué ha de estar vivo
un hombre militante,
afrentado de un pícaro estudiante?
El licenciado Cabrahigo dijo
(¡ay, Dios, lo que me aflijo!),
sin temor, sin vergüenza, sin empacho,
que era vuested un público borracho,
y para mayor mengua,
le imputa de ladrón su torpe lengua. (Levántese.)

GARABITO.

Por el monte celeste Columbino,
que con aquesta espada desjarrete
cuantos hombres pusieren en mi dolo.
Harélo mil pedazos, por Apolo.
Quede voacé con Dios.

CELESTINA.

Aguarde un poco.

GARABITO.

Haré extremos, si aguardo, como loco. (Váse.)

CELESTINA.

Acerté en el enredo y dí en el blanco.

Sale la DUEÑA.

DUEÑA.

De á siete varas echa cada tranco.

CELESTINA.

En eso tengo el gusto, dueña hermana.
Mas el alcalde viene, Berruguilla.
¿Sabe, Gutiérrez, si este es juez tirano?

DUEÑA.

Bato es muy su enemigo, aquel villano,
porque le echó á galeras el pollino.

CELESTINA.

Váyase, yo le haré que pierda tino.

(Váse la DUEÑA, y sale BERRUGA, alcalde, de gracioso, con
barba y vara.)

¡Oh, señor Alcuzcuz! Alcalde, digo.

BERRUGA.

¡Loado sea Jesucristo! ¿Qué me dijo?

CELESTINA.

Que es voacé el señor de Lagardijo.
Siéntese y hablaremos muy despacio.

BERRUGA.

Adonde está la corte, está palacio. (Siéntense.)

CELESTINA.

Dícenme que es vuested muy riguroso.

BERRUGA.

Aqueso dicen porque soy temoso.

CELESTINA.

Digo, señor, que Bato, aquel villano
de quien hizo el pollino galeote,
anda con vuesarced al estricote;
dice que le ha de dar con un mortero
en aquesa cabeza de tintero,
y meterle la vara por los ojos;
y espántome de ver tales enojos,
que sufra un hombre de tan gran talento,
que ya está graduado de jumento
como vuesa merced.

BERRUGA.

¡Per silis crucis!

¿Eso ha pasado? Pues prometo y juro
que lo he de querellar por alevoso.
Quede voacé con Dios. (Váse.)

CELESTINA.

Tenga reposo;

eso es lo que yo quiero, Berruguilla,
mas que te quiebre Bato una costilla.

Sale la DUEÑA.

DUEÑA.

El alcalde va dando tropezones,
y dando por las tapias mojicones.
Pero allí viene Bato; voy abrilla. (Váse.)

CELESTINA.

Pienso, para que riña, persuadille.

Sale BATO, pastor, de gracioso, con porra.

BATO.

Loado sea el que, desde la altura,
crió la calabaza sin costura.

CELESTINA.

¡Oh, el más galán que aquesta tierra tiene!,
aunque es un poco ingrato.

BATO.

Aquí está á su servicio el señor Bato.
Yo tengo mal de orina; aquí me siento.

CELESTINA.

¿Qué me quiere decir?

BATO.

Contarle un cuento.

(Siéntense.)

Ha de saber vuested que, habrá tres días,

BATO.

Mira que hué mi padre galafate,
uno de los famosos.

Sale CELESTINA echándoles á pecho.

CELESTINA.

Mirad que estos son polvos venenosos,
que á quien se resistiere,
con tirarlos al rostro, luego muere. (Sosiéguese.)

BERRUGA.

Ya estáo tenido yo.

BATO.

Ni yo tampoco.

LICENCIADO.

Yo como en misa.

GARABITO.

Yo como en completas.

LICENCIADO.

¿No me dijo vuested?...

CELESTINA.

No dije nada.

GARABITO.

¿No se acuerda vuested?...

CELESTINA.

Soy inocente.

BERRUGA.

¿No me dijo que Bato?..

CELESTINA.

No me aflije;

la dueña me lo dijo, y se lo dije.

Sale la DUEÑA.

DUEÑA.

Yo no he dicho nada.

BATO.

¿No se acuerda muesa ama que me dijo
que quillotró el alcalde mi argadijo?

CELESTINA.

No se valgan de mí, no tengo mente,
que estoy en todas culpas inocente.

DUEÑA.

Hoy, señora, hoy, cuando venía,
la dueña me lo dijo que decía.

CELESTINA.

¿Yo dije tal? Engaño fué patente,
que estoy en todas culpas inocente.
Pero dejemos eso. Ea, señores,
pare la guerra, no haya tempestades;
haya entre todos firmes amistades.
Hola, músicos, hola, salid fuera;
lo que mi amor pregona,
es que bailemos todos la chacona.

BERRUGA.

Ya estoy apercebido.

GARABITO.

Yo contento.

que mi mujer, Maruja de las Cañas,
llenos tiene los ojos de legañas.
Entré en mi casa y halléla cobijada
con un hombre, y me dijo:
«No soy hombre, so burro»,
que si no habra, allí lo despachurro.
Díjome ella sin brío:
«¡Ay, Bato!, que me dió un escalofrío,
que bien pudo matarme
si el señor no viniera á consolarme!»
«Vete, me dijo, por un rato, Bato,
porque el señor me cura, te prometo,
con unas garatusas en secreto.»
Salíme luego muy alborotado,
y hasta hoy he vuelto á ver en qué ha parado.
Esto de garatusas me trae loco.

CELESTINA.

Bato, vuestra mujer os tiene en poco;
el alcalde os la inquieta,
y en vuestra casa escribe la secreta.
Juró mil veces que ha de dar sentencia
de que os unza Chaparro,
el gañán, con su buey, porque ande el carro.
Mil males quiere haceros;
bien podéis defenderos,
y no estar mancornado
un hombre como vos á un buey atado,
que siendo vos marido
puede vuestra mujer traeros uncido;
pero el alcalde no, que es desacato
muy grande, amigo Bato.
Tened furia, leona; (Levántense.)
defended vuestra pérvida persona,
que no es bien que hombres sabios
sufran de Berruguilla estos agravios. (Váse.)

BATO.

Por el cirio pascual de mueso templo...

Sale el ALCALDE con una jeringa.

BERRUGA.

¿Aquí estáis vos, infame pernituerto? (Riñen.)

BATO.

Tente, si te comprase verte muerto.

Salen por otra puerta el LICENCIADO con una calavera de
asno, y GARABITO con una sartén, riñendo.

GARABITO.

Muere á mis manos, perro monigote.

LICENCIADO.

Muere, soldado, á manos de un muchacho.

GARABITO.

¿Cuándo me viste, infame, á mí borracho?

BERRUGA.

¡Quítate ahuera, Bato!

BATO.

No me jeringues, que eres un ingrato;
mira que so barbero.

BERRUGA.

¿Tú darme en la cabeza de tintero?

LICENCIADO.

El corazón me dice que te mate.

Yo dispuesto. BATO.
 LICENCIADO.
 Yo alegre.
 DUEÑA.
 Y yo, señora.

CELESTINA.
 Pues dé fin *La Inocente Enredadora*.

(Hagan un baile gracioso todos, con las insignias que sacaron de pelear.)

51

XLII.—Entremés famoso de la Habladora y Casamentero.¹

PERSONAS:

UN VEJETE.	MARIDO PRIMERO.
UNA DAMA.	MARIDO SEGUNDO.
MÚSICOS.	MARIDO TERCERO.

Salen el VEJETE y la DAMA.

VEJETE.
 Yo, mi señora, soy...

DAMA.
 Casamentero.
 Amargo está de ver qué oficio tiene. Hombre mayor de edad, pobre y ocioso, sin orden de vivir, entremetido; en todas [casas?] visitón por fuerza; que tiene de memoria los mancebos y todas las doncellas casaderas; siendo de sus haciendas pregonero, claro está que será casamentero.

VEJETE.
 Señora...

DAMA.
 No hay señora, ya le entiendo; dejémonos de cuentos, y conózcame por la mujer más pródiga de lengua que desde Adán acá al mundo ha salido.

VEJETE.
 Un hombre...

DAMA.
 Tenga un hombre, que un marido como esos tengo yo; sepa el buen viejo, que once mil es mi dote, mi edad trece, mi cara la primera, mis deseos de hablar toda la vida, sin que nadie á la lengua me vaya, ni á la mano.

VEJETE.
 Pues y...

DAMA.
 Pues qué, ¿no es caso llano, que por mucho que sea mi marido, ha de querer hablar alguna cosa? Pues á truco de hablármelo yo todo quiero perder hacienda y casamiento.

¹ De los *Entremeses de diversos autores*. Zaragoza, 1640.

Yo... VEJETE.
 Yo también. DAMA.
 Escúcheme vusted cuatro palabras. VEJETE.
 ¡Señores, que reviento!

DAMA.
 ¿Cuatro?... Media, y aun plegue á Dios.

VEJETE.
 Pues sean dos siquiera.

DAMA.
 Ya ha dicho más de diez para decillo. Diga ya y concluyamos.

VEJETE.
 Digo, reina, que al ruido del dote hay mil maridos, y tres aguardan ya en esos balcones.

DAMA.
 ¿Eso es decirme solas dos razones? Más de cuarenta pienso que ha hablado. ¡Jesús, y cuál me deja el hombrecillo! Vayan entrando para divertirme esos maridos, y sea sin tardanza; y advierta que á los tales notifique que lo traigan hablado de allá fuera si quieren que la novia no se muera.

VEJETE.
 Yo voy... DAMA.
 ¿No es mejor ir que no decillo? ¿Qué me dice que va si yo lo veo?

VEJETE.
 ¡Maldito sea tal pico de señora! (Váse.)

DAMA.
 Ande; no puedo ver gente habladora.

Sale el MARIDO PRIMERO.
 MARIDO PRIMERO.
 Beso... ¿no hay una silla en qué sentarme?

DAMA.
 Si calla, le pondrán luego una silla; mas si me aturde hablando malo ó bueno, mandaré que le pongan silla y freno.

MARIDO PRIMERO.
 Beso las manutisas que esplendores brillando están en las visivas luces, ojos no ciegos, si después que os vicieron.

DAMA.
 ¿De dónde aquesta acémila trajeron? ¡Jesús, lo que he callado! ¡Hola, un barbero! Presto, acabad, y sángreme al momento, que de palabra tengo pujamiento. En la garganta están, ahogar me quiero.

Sale el MARIDO SEGUNDO, y ha de ser pequeño.

MARIDO SEGUNDO.
 Beso á vuesa merced...

DAMA.
 ¿Es el barbero?
 MARIDO SEGUNDO.
 No, sino esclavo vuestro, á quien humillo el corazón.

DAMA.
 Más me parece grillo, pues de tal suerte el cuerpecito esconde, que se oye la voz sin saber dónde, y yo busco al revés esta tramoya, que se vea el marido y no se oya. Echen fuera este punto indivisible, que me estorba el hablar y ya me fino.
 Entra el MARIDO TERCERO, que ha de ser el gracioso, fingiéndose mudo.

¡Jesús, qué pretendiente tan divino! ¿Es mudo vuesarced? Pues ¿cómo calla? Que por darme gusto...; ¡qué donoso ha estado! Á marido me huele este callado. De manera, señor, que si me caso, ¡todo el año he de hablar, toda la vida! ¿Y he de reñillo todo, sin que sepa ni aun qué metal de voz habéis tenido? Pues vos tenéis mujer y yo marido, venga la mano y vengan esos brazos, marido, sin estorbos ni embarazos.

MARIDO TERCERO.
 Que me place, mujer, sabed agora aunque de oirme, hablarte de un ahito, que también soy parlerico mi poquito; tentado soy un poco y no tan poco, que no tenga en mi vientre lastimado una postema de lo que he callado. Déjame despigar, que si porfias, tengo talle de hablar quinientos días.

DAMA.
 El marido... MARIDO TERCERO.
 Dices bien, que el marido es el tuatem, el señor, el gallo, el mandón, el parlón, el que dispensa, el que guarda la yegua, el que la piensa; y si ve melindritos y regalos, quien muele á la mujer á puros palos, que hay alguna que está toda la vida como nuez galiciana, empedernida.

DAMA.
 La mujer... MARIDO TERCERO.
 La mujer, dice el proverbio, que cuanto más se mira á la cara, tanto más destruye la casa; al hombre la plaza y la mujer la casa. Y quien calló venció y hizo lo que quiso, y el buen callar llaman Sancho.

(Tápale la boca ella á él.)

DAMA.
 Pues, por Dios, que he de holgarme yo otro [tanto]. Hombre, ¿qué has hecho?, ¿estás endemoniado, que así me haces callar y así has hablado? Hablar, hablar, señores, que me ahogo, ¡que buscando á propósito un marido el mayor hablador me haya cabido! Pues hablaste, escuchad, aunque por fuerza, ó repudio, ó divorcio, ó un remedio.

(Saca una vara y dele con ella.)
 MARIDO TERCERO.
 Yo tengo quien se ponga de por medio.

DAMA.
 ¡Ay, ay, ay, que me mata!

Salen los MÚSICOS cantando.
 MÚSICOS.
 Tened paciencia, señora, habladora universal, que el marido que escogisteis, no le hará el diablo callar.

DAMA.
 Pues hagamos un concierto. MARIDO TERCERO.
 Y ¿cuál es? Decidle ya.

DAMA.
 Que por semanas hablemos, si esta primera me dáis.

MARIDO TERCERO.
 Soy contento. DAMA.
 Yo pagada.

MARIDO TERCERO.
 Celebremos la amistad con alguna cosa alegre.

DAMA.
 Cantaré á truco de hablar.
 Cantan.
 «Helas, van que salen; helas donde van, las parlaroncitas del bello mirar; síguenlas tres mozos, que en todo el lugar de finos hablantes la borla les dan. Varios lazos hacen con gracia y compás, cuando Anfrisa bella, comenzó á cantar. Los lenguados, madre, están en el mar, y los deslenguados en la tierra están.»

Fin.